

PALEOGRAFIA Y DIPLOMATICA

Temario

Primera Unidad Didáctica. NOCIONES FUNDAMENTALES. HISTORIA Y DIVISION DE LA PALEOGRAFIA

- Tema 1.** Definición y objeto de la Paleografía.
- Tema 2.** Método paleográfico. Relación con otras disciplinas.
- Tema 3.** Desarrollo e historia de la Paleografía.
- Tema 4.** La Paleografía en España.
- Tema 5.** Elementos constitutivos de las fuentes escritas. Materias e instrumentos escriptorios.
- Tema 6.** División de la Paleografía. Los grandes ciclos de la escritura latina. Escrituras latinas en Europa.

Segunda Unidad Didáctica. PRIMERAS ESCRITURAS DE LA PENINSULA IBERICA

- Tema 7.** La escritura en la Península Ibérica antes de la invasión árabe: Escrituras prerromanas. Escritura romana.
- Tema 8.** La escritura visigótico-mozárabe. Problemas generales. Letras y nexos.
- Tema 9.** La escritura visigótico-mozárabe: Signos especiales. Abreviaturas. División en períodos.
- Tema 10.** La escritura visigótico-mozárabe en la España Meridional y en Cataluña.
- Tema 11.** La escritura visigótico-mozárabe en Asturias, León, Galicia y Portugal.
- Tema 12.** La escritura visigótico-mozárabe en Castilla, Navarra y Aragón.

Tercera Unidad Didáctica. LA ESCRITURA EN LA PENINSULA IBERICA DURANTE LA PLENA Y LA BAJA EDAD MEDIA

- Tema 13.** La escritura carolina. Problemas generales.
- Tema 14.** Aparición de la escritura carolina en la Península. Cataluña.
- Tema 15.** Apogeo de la escritura carolina en la Península. Castilla, León, Aragón, Navarra.

Tema 16. La escritura gótica. Problemas generales.

Tema 17. La escritura gótica en la Península. Códices.

Tema 18. La escritura gótica cursiva en Castilla durante los siglos XIII y XIV.

Cuarta Unidad Didáctica. LA ESCRITURA EN LA PENINSULA IBERICA DURANTE LA EDAD MODERNA

Tema 19. La escritura gótica cursiva en Castilla durante los siglos XV-XVII. Cortesana y procesal.

Tema 20. La escritura gótica cursiva en Aragón y Navarra.

Tema 21. La escritura humanística.

Tema 22. La escritura en Hispanoamérica.

Tema 23. La imprenta y las escuelas caligráficas.

Tema 24. Bibliotecas, archivos y museos en relación con las fuentes escritas.

Quinta Unidad Didáctica. DIPLOMATICA GENERAL

Tema 25. Nociones fundamentales. Desarrollo e historia de la Diplomática.

Tema 26. Concepto, definición y génesis del documento.

Tema 27. El texto documental. Fórmulas y formularios.

Tema 28. Las cláusulas cronológicas del documento.

Tema 29. Los signos de validación y los sellos. Otros elementos externos del documento.

Tema 30. Elaboración de los documentos. Cancilleres y notarios.

Tema 31. Tradición y conservación del documento. Originales y copias. Colecciones. Archivos.

Sexta Unidad Didáctica. DIPLOMATICA ESPECIAL

Tema 32. Documentos españoles. Período romano-visigodo y astur-leonés.

Tema 33. El documento en Castilla y León.

Tema 34. El documento en Navarra, Aragón y Cataluña.

Tema 35. El documento a partir de los Reyes Católicos.

Tema 36. Documentación pontificia.

TEMA III

HISTORIA DE LA PALEOGRAFIA

ESQUEMA/RESUMEN

1. Antecedentes paleográficos o Prehistoria de la Paleografía.
 - a) En cuanto instrumento o arte de lectura.
 - b) En cuanto ciencia auxiliar de la Historia.
 - c) En cuanto ciencia propia de la escritura.
2. Orígenes de la Paleografía como disciplina científica: Período fundacional (1681-1750).
 - a) Mabillon y su «De re diplomatica libri sex».
 - b) Montfaucon y su «Paleographia Graeca».
 - c) Maffei y su «Istoria Diplomatica».
3. Desarrollo y evolución de la Paleografía como ciencia.
 - a) Período tradicional (1750-1869).
 - b) Período moderno (1869-1900).
 - c) Período contemporáneo (1900-1939).
4. Renovación de la ciencia paleográfica: desde 1939 hasta nuestros días.

INSTRUCCIONES

Dos razones han aconsejado la inserción de este tema entre los que integran el presente curso de Paleografía: una, intrínseca, relacionada con la naturaleza de la asignatura y el desarrollo del programa, cuyas lecciones no se comprenderían cabalmente sin las noticias —con sus consideraciones oportunas— que vamos a dar aquí acerca del origen y desarrollo histórico de esta disciplina. Otra, de orden formativo en relación con la personalidad científica del alumno, al cual este capítulo de historia de la cultura le resultará nuevo y seguramente interesante; pues lo árido de los dos temas anteriores se convierte aquí en algo más ameno, con las novedades y posibles anécdotas que suelen ir anejas a cualquier relato histórico.

Aunque es normal encontrar tocado el tema en los manuales de la asignatura, suele estarlo en forma demasiado breve y simplista. Por eso y por lo que dijimos, de estar la mayor parte de esos manuales agotados o publicados en el extranjero, preferimos hacer de él un resumen completo, dentro del apartado de Explicaciones complementarias.

En el enjuiciamiento y exposición de este aspecto histórico de la Paleografía no ha habido nunca entre los especialistas grandes problemas ni discusiones ni pareceres encontrados. Todos los autores coinciden más o menos en admitir la división cuatripartita de nuestro esquema, distinguiendo la etapa fundacional de la Paleografía como ciencia, los antecedentes de la misma, y su desarrollo posterior, a lo largo de los siglos XVIII-XX, distribuido en dos o tres periodos; el último de los cuales ha venido a desembocar en la etapa actual, de renovación profunda y casi sustancial de nuestra disciplina.

Advertimos que del tema presente se excluye todo lo relativo a la Paleografía en España, pues le dedicaremos en exclusiva el tema 4.

ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS

De los autores españoles, ninguno hay que trate a fondo este capítulo de la historia y desarrollo de la Paleografía. García Villada, por ejemplo, apenas le dedica dos páginas escasas, y Millares recoge sólo, aunque muy ampliamente, lo que se refiere a determinados grupos de escrituras. El alumno podrá leer con provecho en las «Lezioni», de BATTELLI (págs. 11-17) su breve «Cenno storico degli studi pleografici».

EXPLICACIONES COMPLEMENTARIAS

1. **Antecedentes paleográficos.** La idea de la Paleografía como disciplina científica y su sistematización consiguiente es algo relativamente nuevo, pues el hecho como tal no se dio hasta la segunda mitad del siglo XVII. El término Paleografía es aun más reciente, pues no se ideó ni empezó a usarse hasta comienzos del siglo XVIII.

a) Lo cual no obsta para que antes de entonces hubiera piezas u objetos escritos cuyos caracteres gráficos, por lo desconocidos o por lo difíciles, exigieran un especial aprendizaje en orden a su lectura e interpretación; con lo cual se cumple ya, de algún modo, el primer objetivo formal de la Paleografía: ser instrumento de lectura.

Teóricamente puede asegurarse que el fenómeno que imaginamos debió de producirse en todos los medios sociales o humanos, donde se dieran, de una parte, piezas escritas con textos no inteligibles al primer o primeros intentos de leerlos; y de otra, interés o curiosidad de alguien por saber lo que se decía en tales textos; surgiendo, como consecuencia, métodos y sistemas más o menos elementales, encaminados a facilitar la lectura y comprensión de aquéllos.

De hecho, y concretándonos al mundo que cultural y humanamente nos toca más de cerca, el romano-latino, nos encontramos, a lo largo de su historia, con una serie de manifestaciones concretas del fenómeno que acabamos de imaginar, dando origen a lo que algunos llaman «paleografía empírica» o «arte paleográfico» o «prehistoria de la Paleografía», es decir, paleografía no científica.

Por ejemplo, ya en el siglo I de nuestra era se inventa en Roma un sistema taquigráfico de escribir, que del nombre de su posible inventor, Tirón, se llama de «Notas tironianas», *notae tironianae* en latín. Su existencia provocó inmediatamente la aparición del correspondiente sistema de desciframiento y lectura de las mismas, con sus respectivas normas y reglas. Una muestra de dicho sistema es un tratadito y colección de tales notas que, aunque muy mermaidadas, han llegado hasta nosotros bajo el nombre de Valerio Probo (*Appendix Probi*), gramático del siglo I, contemporáneo de Nerón y Domiciano.

A partir de entonces y hasta el siglo XVII no cesará la producción de tales obras prepaleográficas, por llamarlas de algún modo, con títulos que giran casi siempre en torno a la palabra Notas (*Notae*) o Abreviaturas (*Abbreviationes*) cuyo significado —el de las dos palabras— es idéntico, a saber: resumen, compendio, reducción de una sílaba, de una palabra o de una frase que se condensa en determinados signos o figuras, ocupando un espacio pequeño y menor, naturalmente, que el que ocuparía la frase o la sílaba o la palabra entera. Así tenemos, en el siglo III, las *Notae iuris*, cuyo uso irá siempre en aumento, hasta llegar a su apogeo en la baja Edad Media y comienzos de la Moderna; los *Notarum Laterculi* de la época carolina;

el *Lexikon tironianum* del siglo XII; el «Diccionario de Abreviaturas latinas» o *Nova regoletta... de abbreviatura usuale*, editada en el siglo XVI en Brescia; el *Modus legendi abbreviaturas in utroque iure*, del que se hicieron, en menos de tres siglos, 68 ediciones.

Los dos últimos siglos de la Edad Media fueron particularmente fecundos en este género de libros, destinados a facilitar la enseñanza y el aprendizaje de la lectura de determinados textos, especialmente códices y, dentro de éstos, los de contenido jurídico, cuyo conocimiento llegó a ser palenque en que se ponían a prueba las condiciones de todo buen jurista. Para serlo, debía mostrarse, antes que nada, buen lector de aquellos textos, donde las palabras abreviadas se daban en mucha mayor proporción que las completas.

b) Tampoco hace falta llegar hasta la segunda mitad del siglo XVII para encontrarnos, no ya con intentos de sistematizar el procedimiento de leer determinados grupos de monumentos escritos, según acabamos de ver, sino que también antes de entonces encontramos conatos y planes más o menos sistemáticos de aprovechar para el trabajo historiográfico el contenido textual de esos monumentos, a través de la conveniente crítica de su escritura y demás caracteres externos. Lo cual, según nuestras explicaciones del tema I, constituye el segundo objetivo formal de la Paleografía, como auxiliar de las ciencias históricas.

En el campo de los documentos o diplomas, principalmente, se ensayó este género de aplicaciones paleográficas, a base de examinar la escritura de determinadas piezas documentales, con vistas a mantener su autenticidad o demostrar su falseamiento. En cuya actividad destacaron juristas, filólogos e historiadores, sobre todo estos últimos, durante el siglo XVI y primera mitad del XVII. Los literatos y eruditos en general se aplicaron, por igual método, al reconocimiento y crítica de los textos doctrinales o literarios transmitidos en códices de la Edad Media, que fueron campo predilecto de las aficiones de los humanistas italianos, con Petrarca en primer término.

c) En plan embrionario, muy embrionario y corto, y sin apenas ningún éxito, también podemos asegurar que, en siglos anteriores al XVII, afloraron algunos intentos de averiguar la naturaleza, el origen y la correlación de ciertas clases de escritura, que es —si se recuerda del tema 1— el objeto formal asignado por nosotros a la Paleografía como ciencia propia e independiente. Así, en la Edad Media (siglos IX-XII), no faltaron autores que trataron de analizar las escrituras antiguas, intentando una clasificación de las mismas, aunque con muchas vacilaciones y pocos aciertos. Los propios humanistas erraron lamentablemente al querer fijar las genealogías de las grandes familias de escrituras medievales comparadas entre sí y en relación con la romana.

2. La Paleografía como ciencia. Orígenes. En el siglo XVII el ambiente estaba dispuesto y caldeado para que se abordara de una vez y definitivamente el problema de los monumentos escritos y de sus escrituras en relación con la historia y la crítica histórica. Sólo faltaban la ocasión de que se planteara en serio el problema y las personas que se aplicaran a solucionarlo, recogiendo los superficiales y dispersos conatos anteriores para darles ahora forma orgánica y estructuras verdaderamente científicas.

a) La ocasión surgió a propósito de un pequeño libro, publicado en 1675 por el jesuita holandés Daniel von Papembroeck, bajo el título «Propyleum antiquarium circa veri ac falsi discrimen in vetustis membranis» que quiere decir: «Introducción histórica para distinguir lo que hay de verdadero y de falso en los documentos antiguos». Las conclusiones de este libro eran eminentemente negativas en cuanto se refiere al valor de los documentos como fuentes históricas, sobre todo si se trataba de documentos conservados en archivos eclesiásticos; de

los cuales asegura Papembroeck que cuanto más antiguos, más sospechosos son de falsedad. Concretamente, atacaba como típicamente falsos la serie de documentos reales merovingios que se conservaban en la célebre abadía de Saint Denis, de París.

Las conclusiones de Papembroeck eran verdaderamente graves y resultaban catastróficas para la historia, que se nutría principalmente de datos y noticias documentales. Guardianes celosos de los grandes depósitos de documentos durante la Edad Media y la Moderna habían sido las Ordenes monásticas, sobre todo los benedictinos, que no tardaron en replicar al jesuita holandés y a su tesis.

El mejor fruto de la fuerte polémica que se abrió en torno al «Propyleum», de Papembroeck y en la que tomaron parte casi todos los historiadores de la Europa de entonces, fue la obra del benedictino francés Jean Mabillon, titulada «De re diplomatica libri sex», o sea, «Seis libros sobre el tema de los documentos», que se publicó en París el año 1681, y fue aceptada casi unánimemente por historiadores y eruditos. Tan convincentes y definitivas resultaron las tesis de Mabillon a favor de los documentos como fuentes legítimas para la historia, que el propio Papembroeck lo reconoció así en una hermosa carta dirigida desde Amberes al benedictino el año 1683.

En el primero de esos seis libros, de Mabillon, hay tres capítulos, el VIII, el X y el XI, que pueden considerarse como el primer tratado científico de Paleografía; sobre todo, el XI, que trata de las distintas clases de escrituras antiguas y va complementado por 58 facsímiles o reproducciones de otras tantas muestras de objetos escritos, con sus correspondientes comentarios; dichos facsímiles forman el Libro V de los seis de la obra.

b) Mabillon no sólo no empleó nunca, el nombre de la Paleografía en los títulos ni en las explicaciones de sus *Libri sex*, sino que ni siquiera se planteó de modo expreso el tema de la Paleografía como disciplina científica. A la escritura, con sus problemas, la enjuiciaba como uno de los elementos externos del documento, y como un capítulo más de la Diplomática, que es la disciplina científica nacida directamente de la obra mabilloniana. Del origen y desarrollo de la Diplomática se ocupa el tema 25 del presente programa en su quinta unidad didáctica.

Había de pasar más de un cuarto de siglo para que sonara por primera vez la palabra Paleografía, ligada al título de otra obra importante, escrita por otro benedictino francés, compañero de Mabillon en la abadía de Saint Germain des Prés, de París. El autor se llamaba Bernardo Montfaucon, y su obra, «Paleographia Graeca sive de ortu et progressu litterarum et de variis omnium saeculorum scriptionis graece generibus», que quiere decir en castellano: «Paleografía griega o del origen y desarrollo de las letras, y de los diversos géneros de escritura griega de todos los tiempos». Fue publicada en París el año 1708.

A diferencia de Mabillon, Montfaucon, además de inventar el nombre de Paleografía, nos ofrece en su libro un trabajo de naturaleza exclusivamente paleográfica, bien que referido sólo a la escritura griega. Pero su método tiene aplicaciones generales para el estudio gráfico de cualesquier series de manuscritos, a base de establecer listas de los más característicos, escritos en fecha conocida; y sacando de esas listas razonables criterios así para la clasificación de las escrituras en el tiempo y en el espacio como para explicar la evolución de los elementos gráficos que concurren a la formación de éstas.

c) Al nombre de los dos monjes franceses hay que unir el de otro erudito italiano, llamado Scipion Maffei, que trabajó en la primera mitad del siglo XVIII y viene a completar el triunvirato fundacional de la Paleografía como ciencia auxiliar de la historia. Muy joven aún, en 1713, descubrió en la biblioteca catedral de Verona una valiosísima colección de códices

latinos —romanos y altomedievales— que contribuyeron poderosamente a que el autor se formara sobre la escritura latina y su desarrollo una idea adecuada, que no se habían formado ni Mabillon ni otros autores anteriores. Expuso esta idea en varias de sus obras, la primera de las cuales es la «Istoria Diplomatica», publicada en Mantua en 1727, donde razona breve, pero certeramente, cómo la escritura romana no cambió sustancialmente al ser empleada por los pueblos bárbaros que se asentaron en lo que habían sido dominios y provincias de Roma.

3. Desarrollo y evolución de la Paleografía científica. A estos nombres de personas y de obras se unieron otros varios que llenan casi tres cuartos de siglo, pero que aportaron poco nuevo, por lo menos en calidad, a la obra de Mabillon. Lo importante de este período fundacional es eso, precisamente: el haber puesto los fundamentos de la nueva ciencia, y tan firmes que muchos de sus principios, de sus conclusiones y de sus reglas seguirán teniendo vigencia y aplicación hasta hoy. Puede darse por terminada esta primera etapa, de fundación de la Paleografía científica, a mitad del siglo XVIII, y desde entonces el desarrollo de nuestra disciplina ha ido en aumento siempre, alcanzando sus cotas más altas en esta segunda mitad del siglo XX. A través de esos doscientos años largos de cultivo y crecimiento, pueden distinguirse los siguientes periodos:

a) El período tradicional, así llamado porque durante su larga vigencia (1750-1869) la sombra de los fundadores, particularmente de Mabillon, sigue proyectándose poderosamente en el campo paleográfico. He aquí las principales notas que caracterizan este período:

1.ª La Paleografía camina uncida al carro de la Diplomática para, a través de ella, auxiliar eficazmente a la historia o, mejor, a la historiografía. En consecuencia, los tratados de Diplomática de este tiempo no conceden al estudio de las escrituras antiguas más que algún otro capítulo en que se considera a aquella como instrumento de crítica aplicado al estudio de los documentos. Así se explica el fenómeno de que la mayoría de las obras que tocan el tema paleográfico, para nada se refieren en sus títulos y subtítulos a la Paleografía, sino siempre a la Diplomática.

2.ª La Paleografía se mantiene muy vinculada, también con carácter auxiliar y subsidiario, al estudio de los códices o manuscritos. El códice interesa normalmente, e interesaba entonces, por su contenido mucho más que por sus elementos externos (escritura, materia escriptoria, estructuración de folios y cuadernos, etc.); pero éstos son aprovechados a partir de ahora de modo más racional y sistemático para iluminar los aspectos internos del manuscrito y contribuir a la solución de sus problemas textuales, doctrinales, lingüísticos, etc.

3.ª En cuanto al método, persiste la nota negativa de conceder excesiva preponderancia a la clasificación, con su nomenclatura correspondiente, de los diferentes grupos de escrituras. Para muchos autores, lo principal del trabajo paleográfico parece estar en dividir y subdividir las clases de letras, haciendo todos los equilibrios imaginables para encontrar a cada una su nombre adecuado.

4.ª En cambio, es un acierto metodológico, que viene ya de Mabillon, el sistema de juxtaponer facsímiles y reproducciones de objetos escritos a las explicaciones teóricas sobre las escrituras respectivas. Así van surgiendo las primeras colecciones de láminas paleográficas, reproducidas éstas por calco sobre los originales o, simplemente, dibujándolas a vista de los mismos.

Entre los autores y obras que van surgiendo a lo largo de estos ciento y pico años, merece la pena citar los siguientes: Primero en el tiempo, el «Nouveau Traité de Diplomatique» o «Nuevo Tratado de Diplomática», preparado por un equipo de monjes de la Congrega-

ción benedictina de Saint Maure (maurinos) a la que pertenecían Mabillon y Montfaucon. Consta de seis volúmenes, el primero de los cuales se publicó en París el año 1750; el último, en 1765. A las materias paleográficas propiamente dichas se consagran el volumen segundo, dedicado a la historia del abecedario, y el tercero, que estudia el desarrollo de la escritura latina hasta el siglo XVI.

Entrada ya la segunda mitad del siglo XVIII, Cristóbal Gatterer, con su obra «*Elementa artis diplomaticae universalis*» (Göttingen, 1765), se hizo notable por haber llevado al extremo el afán de clasificar y subclasificar las diferentes escrituras, dando a cada una su nombre propio, algunos muy pintorescos. Es, además, el creador, junto a su cátedra de Historia del Derecho, en la Universidad de Göttingen, de lo que pudiera llamarse primer seminario de Diplomática y Paleografía.

Carlos Schönemann fue sucesor de Gatterer en la cátedra y en el seminario que hemos dicho, de la Universidad de Göttingen. Su Ensayo General de Diplomática, «*Versuch eines vollständigen Systems der allgemeinen, besonders ältern Diplomatie*», se publicó en dos tomos (Hamburgo, 1801-1802). Su mérito principal, como tratadista de nuestras materias estriba en haber sido quien primero apuntó la necesidad de separar científicamente la Paleografía de la Diplomática, considerando a la primera como disciplina distinta e independiente de la segunda.

Exponente revelador de cómo fue ganando terreno esta idea de la Paleografía independizándose de la Diplomática, son una serie de obras que van apareciendo a lo largo del siglo XIX. Por ejemplo, la «*Paleographia Critica*» de Ulrico Federico Kopp, publicada en Manheim el año 1817, que constituye el más amplio y sólido estudio sobre el tema de las abreviaturas; los «*Elements de Palaographie*», de Natalis de Wailly (París, 1838), concebido como manual de la asignatura para los alumnos de L'Ecole des Chartes, de París; la «*Paléographie des chartes et manuscrits*», de Alfonso Chassant, también en París, 1839; igual que la monumental «*Paleographie Universelle*» de P. Silvestre, cuyos cuatros grandes volúmenes aparecieron entre 1839 y 1841.

En 1821 había tenido lugar un acontecimiento de otro orden, pero estrechamente relacionado con nuestra disciplina, en cuya marcha iba a influir decisivamente: la creación en París de L'Ecole des Chartes (Escuela de documentos) destinada a recoger e incrementar la herencia paleográfico-diplomática de los benedictinos de Saint Maure, cuya Congregación había desaparecido con los avatares de la Revolución francesa y la desamortización napoleónica.

b) Una etapa nueva del desarrollo paleográfico marca la aparición en 1869 del libro de Guillermo Wattenbach, «*Das Schriftwesen in Mittelalter*» (La escritura en la Edad Media). El autor era profesor en la Universidad de Heidelberg y a través de una serie de publicaciones de gran calidad, entre las que destaca su Manual de Paleografía latina, «*Angleitung zur lateinischen Paläographie*» (Leipzig, 1862) inauguró un período de modernización en el campo de la Paleografía. El avance fue espectacular; pero a él contribuyeron poderosamente otra serie de causas, tales como la creación de sociedades o instituciones para la investigación histórica, de las que es modelo la «Sociedad para el conocimiento de la antigua historia alemana» fundada en 1819; la aparición de nuevas técnicas para reproducir y divulgar las muestras de escrituras antiguas; el descubrimiento de nuevos monumentos escritos que ensanchaban considerablemente el campo de la escritura latina hasta entonces conocido.

El cultivo de la Paleografía deja ya de ser un cuasimonopolio de los sabios y de las Instituciones francesas; pues en las demás naciones surgen también Centros de investigación y trabajo, interesados directa o indirectamente en los grandes temas paleográficos. Así, el Instituto de altos estudios, de Florencia, con su Escuela de Paleografía y Diplomática, en la que

descolló como primera figura el profesor César Paoli; la Paleographical Society, de Londres, cuyo fin primordial era el de reunir y publicar fuentes paleográficas; la Escuela Superior de Diplomática, de Madrid, de la que nos ocuparemos en el tema siguiente.

Por otro lado, empieza a generalizarse la enseñanza de la Paleografía, así en centros especializados, de los que sigue siendo primero L'Ecole des Chartes, de París, como en las Facultades universitarias y en las Escuelas de archiveros y bibliotecarios. A la enseñanza se une pronto la aparición de revistas y publicaciones periódicas, dedicadas total o parcialmente a temas paleográficos; por ejemplo, la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», el «Archivio Storico Italiano», la «Bibliofilia», «Le manuscrit».

Entre los paleógrafos de este período moderno, a los ya citados pueden unirse como más notables los nombres de Leopoldo Delisle, jefe de la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, que dejó una bibliografía inmensa orientada casi toda hacia la paleografía de códices; Emilio Chatelain, reconocido especialista en escrituras romanas; y Ernesto Monaci, fundador de la Escuela de Paleografía en la Universidad de Roma y de la monumental colección Archivio Paleografico Italiano.

c) Al comenzar el siglo XX puede decirse que la Paleografía como ciencia auxiliar de la historia había llegado a su plenitud. Ahora empieza a perfilarse con una nueva dimensión como ciencia de la escritura, en cuanto ésta constituye un gran fenómeno cultural y humano, y viene a ser una importante manifestación o actividad del espíritu.

A la datación en el tiempo y en el espacio de los monumentos escritos añadirán los nuevos paleógrafos el estudio del ambiente en que dichos monumentos se producen, bajo la idea de que la historia de la escritura es una parte de la historia de la civilización. El hecho gráfico será interpretado en función de un especial sentido histórico.

Los pioneros de este nuevo enfoque de la Paleografía son el alemán Luis Federico Traube y el italiano Luis Schiaparelli. El primero fue profesor en la Universidad de Munich y es célebre por tres motivos: primero por haber contemplado la Paleografía desde el campo de la Filología y la Lingüística; segundo, por la novedad de los temas que planteó y el método empleado para su tratamiento; y, tercero, por el magnífico plantel de paleógrafos que formó. Entre sus trabajos son famosos los titulados «Nomina Sacra» (Nombres sagrados), y «Perrona Scotorum» donde sintetiza magistralmente la historia cultural y gráfica del monasterio de Perronne en Francia. Entre sus alumnos descuellan Elías Avery Lowe y Paul Lehmann, profesores de Paleografía, respectivamente, en las Universidades de Oxford y Munich.

Schiaparelli fue discípulo predilecto de César Paoli en la Escuela de Paleografía de Florencia, y es, seguramente, la primera figura en el campo paleográfico durante la primera mitad del siglo XIX. De sus obras y trabajos, que son numerosísimos, «La scrittura latina nell'età romana» (Como 1921) es, sin duda, la más relevante.

4. Renovación de la ciencia paleográfica. Este último período tiene razón de ser gracias a las novedades fundamentales que en el concepto y método de la Paleografía han ido introduciendo un grupo de especialistas, dirigido por Jean Mallon, al que ya nos hemos referido en temas anteriores. Algunos autores hablan de la nueva escuela paleográfica francesa y ponen el arranque de la misma, el año 1939, en la obrita publicada (texto y láminas) por Marichal, Perrat y Mallon bajo el título «L'Ecriture Latine», y que venía precedida por otro trabajo fundamental del propio Mallon, titulado «Remarques sur les divers formes de la lettre B dans l'écriture latine» (París, 1938). Las nuevas teorías de este grupo fraguaron plenamente en la gran obra de Mallon, «Paleographie romaine» (Madrid, 1952). En ella ha quedado definitivamente consagrado

el aspecto de la Paleografía como ciencia del lenguaje escrito propia e independientemente, sin relación necesaria de dependencia ni servicio a ninguna otra disciplina.

Puede asegurarse que las conclusiones de la «Paleographie Romaine» son aceptadas hoy por la generalidad de los paleógrafos. Entre los más prestigiosos se cuentan F. Masai, director de la revista «Scriptorium», y L. Gilissen, autor de un reciente e interesante libro sobre paleografía medieval (Gante, 1973).

La otra corriente científica que vimos despuntar en el período anterior y que se fija especialmente en la escritura como fenómeno cultural y humano, sigue siendo igualmente cultivada por autores y obras de gran calidad, como Fichtenau, «Mensch und Schrift im Mittelalter» (Viena, 1946), y G. Cencetii, «Lineamenti di storia della scrittura latina» (Bologna, 1954).

Como nueva y reciente institución de signo paleográfico se nos ofrece el Comité Internacional de Paleografía, creado en París a mitad del siglo y que tiene en su haber la organización y celebración de varios congresos y reuniones a partir de 1953.

Entre las publicaciones periódicas estrechamente ligadas a esta última etapa de desarrollo paleográfico, citaremos «Paleographia latina», «Scriptorium», «Etudes Gregoriennes», «Manuscripta».

EJERCICIOS DE AUTOCOMPROBACION

(Contestar **sí** o **no**, razonándolo muy brevemente):

1. ¿Puede considerarse a Scipion Maffei cofundador, con Mabillon, de la Paleografía como disciplina científica al servicio de la historia?
2. ¿Hubo antes del siglo XVII actividades de carácter paleográfico, aunque no se conocieran con este nombre?
3. ¿Es muy antigua la costumbre de abreviar palabras mediante determinados signos y sistematizar la lectura e interpretación de los mismos?
4. ¿De los diferentes grupos o escuelas paleográficos que se aluden en el tema, puede considerarse como primero y principal el grupo francés?

ACTIVIDADES RECOMENDADAS

Buscar en diccionarios o enciclopedias de carácter general que se tengan a mano, las biografías de algunos de los personajes estudiados en el tema y observar si se dice algo sobre su personalidad como paleógrafos.